

En primera persona

CUENTO PARA RAFAEL

Ester Jódar Ruíz

“A Rafael Rubio por haber guardado y conservado mil muestras de nuestra historia”



Como cada día, Ana se levantaba a las siete de la mañana y, como cada día, lo primero que hacía era abrir los postigos de la ventana de su habitación. Le encantaba ver las montañas, los pájaros, los árboles, y descubrir cómo el sol se reflejaba en las fachadas blancas como la nieve, en las tejas de arcilla descoloridas que sobrevivían por permanecer en unos tejados cada vez más oscuros, en las rejas de forja, algunas oxidadas por el paso del tiempo y la lluvia, y en todos los elementos que la hacían sentir bien y que le traían los recuerdos de su propia infancia.

Nunca olvidará la mañana en que, tras abrir la ventana, observó el comienzo de lo que luego sería un edificio. Al principio pensó que era bueno que se empezaran a construir cosas nuevas, que eso sería beneficioso para el pueblo, ahora desgastado y abandonado por

la falta de trabajo, porque todo el mundo se había marchado buscando un sitio mejor, más oportunidades y ciertas comodidades que escaseaban en su pueblo.

El pueblo de Ana era uno de esos pueblos de sierra, un pueblo como tantos, en los que la agricultura y la ganadería era la principal fuente de recursos de sus habitantes. Con el cambio migratorio del campo a las ciudades, los pueblos experimentaron un cambio espectacular, y Peñalisa, que así era como se llamaba el pueblo de Ana, a pesar de que había intentado sobrevivir al abandono de sus habitantes, al final, se convirtió en un pueblo de vacaciones, en un pueblo con muy pocas posibilidades de crecer y en un pueblo en el que ya era muy difícil encontrar una oportunidad.

La misma Ana también tuvo que alejarse un tiempo. Aún recuerda el día en que se subió al tren para ir a Madrid a estudiar, como tantos de su generación. Sus días en la capital, llenos de ajeteo, pasaban despacio, y las vacaciones tan esperadas, nunca llegaban. Lo único que le quedaba era la evocación de las montañas, la luz, el olor a flores de almendro que le anunciaban la primavera, las puertas de las casas llenas de siglos, de historias, y las rejas de las ventanas que fueron antaño guardianas y protectoras de amores y carantoñas de jóvenes enamorados que aprovechaban cualquier descuido para robarse caricias.

Aquella mañana despertó trastornada, con la boca agrídulce, como cuando se tiene un mal sueño del que es imposible despertarse y que a veces se confunde con la realidad. Se levantó desorientada, pues aún pensaba que estaba en Madrid. Era el primer día, desde hacía diez meses, que dormía en su casa, en su cama, ya que las vacaciones tan esperadas por fin habían llegado. Tras abrir la ventana, volvió a ver los tejados rojizos de siempre, el mismo verde del campo de cebada que sembraban cada año al lado de su casa y respiró profundamente y pudo percibir el olor a encina que se quemaba en las chimeneas y que tanto le gustaba. Esa mañana el día estaba lluvioso, del cielo grisáceo se escapaba una lluvia muy fuerte que lo empapaba todo en muy poco tiempo, era una de esas lluvias que traen nostalgia, de esas que convierten un paseo en una odisea a pesar de tener paraguas. La calle estaba desierta, no había ni un alma, y Ana sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Ya no recordaba la apariencia de pueblo fantasma que tenían las calles, las aceras, pero sin embargo seguía asombrándose de que las puertas de las casas siempre estuvieran abiertas, y de que cualquier vecino entrara sin llamar, como en una gran familia en la que todos son bien recibidos.

- Ana, el café ya está listo, baja a desayunar.

Era la madre de Ana que la estaba esperando con un delicioso desayuno a base de café con leche y picatostes. Era el desayuno preferido de Ana, porque siempre que lo tomaba, algo bueno le ocurría. Lo que no presagiaba Ana era que iba a conocer a alguien que cambiaría su vida para siempre.

Ana se puso una camisa azul oscura y unos tejanos manchados de pintura, se recogió el pelo en una especie de coleta y bajó a toda prisa las escaleras para tomar buena cuenta del succulento desayuno que había preparado su madre.

- Buenos días Ana. ¿Qué tienes pensado hacer hoy?

- Buenos días, mamá. La verdad es que no lo tengo muy claro, había pensado dar un paseo por el pueblo, por las calles, la plaza, los parques y visitar a los abuelos. No sabes qué duro es estar alejada tanto tiempo de lo que consideras tuyo, mamá. Es increíble lo que llegas a querer y a echar de menos tu tierra, a tu gente... Bueno mamá, me voy a dar una vuelta, volveré para almorzar.

Ana se puso el chubasquero y salió a la calle corriendo, le encantaba que la lluvia lo empapara todo, sobre todo disfrutaba cuando sentía el agua caer por su cuerpo, y notaba que las gotas morían en la punta de sus dedos hasta estrellarse por fin en el suelo. Ana comenzó el paseo por la Calle Esparteros, donde disfrutaba de los bellos edificios de siempre, unos edificios construidos entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Siempre se paraba a contemplar un caserón construido en los años 20. Le encantaba esa casa, admiraba su magnífica arquitectura modernista, la luminosidad y majestuosidad de sus ventanas, los hierros retorcidos de las verjas, el gran portón antiguo de madera de roble que antaño había sido la puerta de entrada de las bestias. A pesar de que la había estudiado con detenimiento desde que tenía uso de razón siempre se asombraba de que el tiempo no hubiera hecho mella alguna en el viejo caserón de los Condes de Villahermosa. Lo que no sabía Ana es que esa era una de las últimas veces que iba a tener la oportunidad de contemplarla.

Ana siguió su camino y avanzó hasta la calle de los Almendros, siempre hacía el mismo recorrido en sus largos paseos por el pueblo. Se paró frente al viejo escaparate de la tienda de ultramarinos de Juanita la Pantalona que siempre se alegraba de que Ana pasara por su tienda y le regalaba un pedacito de turrón casero de miel y almendras que tanta fama le dieron a Juanita por todos los alrededores.

Ana estaba degustando con los ojos cerrados el tozo de turrón cuando chocó de frente con un hombre misterioso.

- Perdón, señor. Disculpe, ha sido culpa mía.

- No tiene importancia, yo también andaba distraído.

- No le conozco, soy Ana, la hija de Antonio el de Tintón. ¿Quién es usted?

- Yo soy Miguel Moreno. De los Moreno de toda la vida.

- Pues encantada, ya nos veremos por ahí. Disculpe otra vez por el traspié.

Miguel Moreno era un hombre de unos cincuenta y tantos años, aunque el bigote que adornaba su cara hacía que pareciera, increíblemente, más joven. Tenía un aspecto muy particular, era uno de esos tipos que han vivido mucho y que guardan un halo de sabiduría, de secretismo, de alguien que oculta algo, pero no se sabe muy bien lo que es, ni

siquiera él mismo lo sabía. Ana se quedó pensando en Miguel, el encontronazo que tuvo con él la dejó pensativa, inquieta, como si presagara un cambio en su vida, pero no le dio más importancia y siguió adelante con su paseo.

Tras despedirse de Miguel Moreno en la Calle de los Almendros, Ana siguió su camino hacia la plaza de Peñalisa. Desde su más remoto recuerdo, Ana siempre había encontrado cierto encanto en la Plaza de las Luces. La estatua que centraba la plaza siempre le daba buenas sensaciones, pues representaba a su maestro de toda la vida, a Don Francisco Lajara. El ayuntamiento, por petición popular y con motivo de su jubilación, decidió que la plaza debería estar coronada por la estatua de alguien a quien respetaba todo el mundo, y seguían respetando, y ese alguien era Don Francisco Lajara, el maestro de la escuela. Ningún peñalisense olvidaría nunca la gratitud y las muestras de cariño que tuvo Don Francisco Lajara para todos el día en que se descubrió su busto. El discurso que emitió Don Francisco fue tan conmovedor, tan sencillo y modesto que quedó nuevamente patente su entrañable personalidad.

Todos los habitantes de Peñalisa sentían mucha simpatía por este personaje, ya que era el que había enseñado a mucha gente a leer y a escribir, pero lo más importante y difícil de todo era que Don Francisco Lajara había enseñado a la mayoría de los pipiolos a pensar con coherencia, con respeto y con educación y en definitiva a ser personas. Ana se paró un momento ante la estatua de Don Francisco y no pudo evitar que de sus labios saliera una sonrisa de gratitud a quien tanto esfuerzo y tanto cariño había puesto siempre en su trabajo, y se alegró de haber sido discípula de un hombre tan bueno y sabio, de pronto se paró a leer la inscripción que había debajo del busto del maestro y que decía: “A Don Francisco Lajara, por su integridad y dedicación” y debajo las siglas del escultor M. M.

Avanzó unos pasos más hasta llegar a la Calle de la Palma, que era donde estaba su segunda casa favorita del pueblo: el Caserón de la familia Linde-Bazán. De repente Ana sintió una tristeza enorme al ver que el heredero del caserón lo había destrozado. Ana había olvidado que cuando se marchó a estudiar el caserón ya estaba sufriendo esos cambios, las obras que lo cambiarían para siempre estaban a punto de terminar, pero no se acordaba, así que su decepción fue aun mayor. La casa como muchas otras estaba transformada completamente. La forja retorcida que guardaba las grandes ventanas ahora ya no existían, en su lugar habían puesto unas modernas ventanas de aluminio, el portón del siglo XVIII había desaparecido, ya no estaba, había una puerta grisácea que era la entrada de un garaje que albergaba cinco coches. La magnífica escalera de entrada, toda de una pieza de mármol, había sido sustituida por una suerte de gres granate, y la envidiable fachada encalada ahora era toda de cemento amarillo con un zócalo de azulejos típico de un cuarto de baño. El gran Caserón de la familia Linde-Bazán ya no existía, en su lugar estaba ahora la cosa más fea que había visto Ana en su vida. No podía imaginar que se hubiera hecho algo tan aberrante con un caserón lleno de historia.

Ante ese esperpéntico edificio, Ana salió corriendo sin ninguna dirección, con la única compañía que la decepción y la impotencia de saber que todo lo que siempre había

querido y admirado de Peñalisa estaba desapareciendo, se había esfumado como cuando un terremoto destroza las ilusiones de la gente. Ana corrió tanto y tan rápido que cuando quiso darse cuenta se encontraba cerca de la Calle Real, una de las calles míticas del pueblo por su importancia y belleza, no solo por sus edificios y caserones sino por el empedrado del suelo, que había resistido a siglos y siglos de historia. Lo primero que hizo Ana fue mirar todos los edificios, y se alegró al comprobar que todos estaban como ella los recordaba: con los portones de madera resistiendo firmes, marcados por los sucesos, alegrías y tristezas de la gente durante ya casi dos siglos a pesar del paso del tiempo; las cancelas negras de forja que protegían los inmensos cristales que sirvieron de contacto con el mundo a tantas y tantas mujeres que pasaban las tardes entre bordados y tertulias de amores prohibidos.

Ana respiró con profundidad antes de bajar la mirada hacia el suelo lentamente, como presagiando algo doloroso, y cuando sus ojos se toparon con sus pies, vio con lágrimas en los ojos cómo se sacrificaron las señas de identidad más importantes del pueblo por el asfalto negro y sucio que tanto detestaba de Madrid; y así, la Calle Real pasó de estar adoquinada con las tallas de piedra de Juan el Picapedrero y las aceras, antaño de caliza labrada, se habían transformado en un ajedrez rojiblanco de baldosas. Ana sintió horrorizada que era un precio demasiado alto para disfrutar de eso que llaman modernidad. La rabia y la impotencia se apoderaron de todos los sentidos de Ana y como si ya no tuviera fuerza ni para mantenerse en pie, se sentó derrotada en el suelo.

En ese momento, Miguel Moreno pasaba distraído como siempre, y por segunda vez en el día volvió a tropezar con Ana, pero esta vez no era la misma Ana que degustaba con los ojos cerrados el turrón de Juanita la Pantalona, esta vez, la vio tan desconsolada e indefensa que sintió la necesidad de ayudarle, porque Miguel Moreno sabía siempre decir las palabras adecuadas para que la gente se sintiera mejor, ese era uno de sus dones, pero no el único.

-Perdone señorita. A... Ana era tu nombre, ¿verdad? Parece que estamos destinados a tropezarnos- dijo dulcemente Miguel.

- Es cierto, aunque esta vez también ha sido culpa mía por andar tirada en el suelo- respondió Ana con una leve sonrisa.

-¿Puedo preguntarte qué te pasa?

-Usted no lo entendería- dijo Ana como protegiéndose- es algo difícil de explicar.

-Bueno, no me conoces mucho, pero si me lo cuentas a lo mejor descubres que sí lo comprendo.

-Está bien.

-Un momento Ana, antes de contármelo. Tutéame, por favor, si me vas a contar algo privado, yo creo que no tiene sentido que me trates de usted. ¿De acuerdo?

- De acuerdo. A partir de ahora de tú. -dijo Ana con una sonrisa.

-Muy bien, entonces puedes comenzar a contarme qué es lo que te pasa.

Ana comenzó a relatarle el por qué de su pesadumbre, de la tristeza con que miraban sus ojos todo lo que le rodeaba. Le contó la gran impotencia que sintió al ver que su pueblo, el de siempre, estaba cambiando paulatinamente y que a nadie parecía no importarle, que no había cabida en estos tiempos tan modernos para conservar sus calles, sus magníficos edificios... Le hizo partícipe del dolor que sentía al comprobar que todas las cosas típicas y antiguas del pueblo estaban desapareciendo poco a poco, como si un ladrón silencioso y astuto estuviera llevándose todo lo que hacía que su pueblo fuera su pueblo. Pero lo que más le dolía, sin embargo, era que la gente no se diera cuenta del error que estaba cometiendo sacrificando la esencia y el alma de todas las cosas que con tanto esfuerzo y mimo habían puesto sus antepasados, y todo, ¿para qué?, para nada, porque Ana sabía que cuando los Peñalisenses se dieran cuenta ya iba a ser tarde, ya habrían perdido sus raíces para siempre, porque Ana sabía que no se trataba únicamente de una cuestión de estética o arquitectura, sino que también tenía que ver con el pasado, con las raíces y la identidad de todos los habitantes. Eso era precisamente lo que más le dolía a Ana.

Miguel Moreno siguió el relato atentamente y en silencio, comprendiendo la tristeza y el dolor que sentía, y cuando Ana terminó de hablar, él esbozó una sonrisa debajo del gran bigote para tranquilizarla.

- Ana, te entiendo perfectamente, y sé que ahora lo ves todo muy negro, pero no te preocupes, que no todo está perdido.

- ¿Por qué dices eso? ¿No ves que ya no existe el caserón de los Linde-Bazán? Muchas cosas han desaparecido, y todo estará tirado en el vertedero, podrido, roto y sucio.

- Ahora no puedo explicártelo –respondió Miguel Moreno.- Ven esta tarde a la Exposición fotográfica de María Amezcuea y te lo explicaré.

Miguel Moreno subió la Calle Real en dirección a la Calle Feria y desapareció en un santiamén, así que Ana se levantó del suelo y siguió su camino hasta la casa de sus abuelos.

-Abuelo, abuela!!! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¡Qué ganas tenía de volver a casa, a charlar con vosotros y a oír esas viejas historias de vuestra niñez!

- ¡Ana, que guapa estás!- Dijo la abuela Antonia.

- ¡Y qué grande!- continuó el abuelo José.

Ana siempre recordaba a sus abuelos, porque ellos habían estado en los momentos más felices de su infancia. Le encantaba recordar a su abuelo llevándola de la mano al campo a coger tomillo, romero y manzanilla. Ese olor siempre le recordaba a su abuelo, al abuelo José, un hombre que parecía serio y enfadado, pero que era cariñoso, comprensivo y permisivo con sus nietos, por eso lo visitaban tanto y pasaban las tardes enteras oyéndolo

contar miles de historias, unas inventadas y otras que hablaban de tiempos peores en los que la gente estaba condenada al silencio.

La abuela Antonia era una mujer excelente, una anciana entrañable a la que le gustaba agradecer a todo el mundo. Sus nietos se volvían locos por comer los andrajos con boquerones que preparaba los viernes de cuaresma. El delicioso sabor de aquel plato estaba asociado a la felicidad eterna, y es que después de dar buena cuenta de una ración de andrajos todo se veía diferente, más sencillo.

Tras un rato de tertulia Ana volvió a casa a arreglarse un poco su desaliñado aspecto y rápidamente se dirigió al Salón de Los Olivos que era donde se celebraban la mayoría de los eventos del pueblo. El Salón de los Olivos se encontraba en el interior de la Casa Grande, una casa de estilo barroco de finales de siglo XVII y principios del XVIII que parecía un castillo. Por la Casa Grande habían pasado todo un variopinto abanico de personajes: desde escritores, pintores, arquitectos y gente de la cultura hasta curas, obispos e incluso reyes. El Salón de los Olivos estaba en el piso superior y las vistas que ofrecía eran magníficas, fabulosas, porque se podían ver todas las sierras que rodeaban Peñalisa.

Ana llegó puntual a la cita que tenía con Miguel Moreno, pero él aun no había llegado, así que aprovechó para hacer una vista previa a las magníficas fotos que María Amezcua había realizado sobre los cortijos y lugares más recónditos de Sierra Mágina. A las seis y cuarto de la tarde apareció Miguel Moreno con la serenidad que le caracterizaba. Saludó a las diferentes personas que se encontraban en la exposición hasta que llegó al lugar donde se encontraba Ana.

- Hola Ana. ¿Qué tal?

- Buenas tardes, Miguel. Como ves aquí estoy esperándote.

- Muy bien, pues aquí estoy.

- Tú dirás.

- Bien Ana, te he citado en la exposición porque quiero que veas las fotos, y que recuerdes algunos de los detalles que te voy a contar ahora.

Entonces Miguel le enseñó las diferentes fotos de M. Amezcua, le desveló ciertos detalles de los cortijos, sus balcones, las piedras, los trillos y diferentes herramientas de labranza, el paisaje... Y le enseñó el juego de luces y sombras que caracterizaba el trabajo de la fotógrafa.

Ana se sintió fascinada por las explicaciones de Miguel, y se alegró de haber tropezado con ese personaje tan pintoresco.

Tras la exposición, Miguel y Ana quedaron en verse al siguiente día a las 9 de la mañana en el Parque Municipal. Ana aun no lo sabía, pero Miguel le iba a mostrar uno de los mayores tesoros que contemplaría en su vida.

Esa noche Ana durmió como si lo hiciera entre esponjosas nubes, con la placidez de quien siente que algo bueno le va a pasar. Cuando se levantó a las 7 de la mañana, un hermoso día estaba amaneciendo y el aire estaba impregnado por el aroma de las flores de almendro. Tomó una ducha ligera, se vistió cómodamente con unos tejanos y sus zapatillas preferidas, desayunó con tranquilidad mientras contemplaba la danza del fuego en la chimenea de su casa. Antes de acudir a la cita con Miguel decidió dar un paseo por el campo que había cerca de su casa para respirar el aire puro de las montañas y del campo, para rodearse de la naturaleza que tanto echaba en falta en sus días de estudio por Madrid.

Por fin llegaron las nueve de la mañana y cuando Ana llegó, y estaba Miguel esperándola.

- Buenos días Miguel- dijo Ana mientras agitaba la mano con entusiasmo.

- Buenos días Ana, ¿Qué tal has pasado la noche? Espero que ya te hayas repuesto de la pena que tenías por la tarde, porque cuando nos vimos en la exposición te noté un poco triste todavía.

- Muchas gracias por preocuparte por mi, pero ya estoy mejor. Venga dime, quiero que me muestres la sorpresa de la que me hablaste anoche, estoy impaciente.

- Tranquila, tranquila, que ahora mismo vamos.

Entonces Ana y Miguel, como si de una extraña pareja se tratara, caminaron en dirección a la fuente que se encontraba en lo alto del pueblo. La fuente era un sitio de recreo para jóvenes y mayores, todos, en verano, paseaban por allí, compartían juegos e incluso alguna cerveza al lado de una barbacoa en los merenderos dispuestos para ello. Se detuvieron un poco para refrescarse y continuaron unos pasos más hasta el lugar que Miguel quería mostrarle.

De repente Ana sintió que el corazón le latía cada vez más deprisa al comprobar que la puerta de entrada era la antiquísima puerta del caserón de los Pardo-Bazán.

- No me lo puedo creer, esta... esta es la puerta de entrada del caserón de los Pardo-Bazán. – dijo con la emoción dibujada en su rostro mientras Miguel dibujaba una sonrisa de complicidad con ella.

Entonces entraron y Ana quedó impactada por la belleza que estaba contemplando en ese instante. Aquella vista inicial le recordó a cualquiera de los famosos Cármenes que había en Granada, e incluso pensó que aquello debía parecerse mucho a los jardines del Paraíso.

Entonces Ana empezó a mirarlo todo con detalle. Lo primero que le llamó la atención fueron las traviesas de las vías que ahora formaban unas majestuosas escaleras que llevaban a una casita hecha de piedra. En uno de los descansillos que hacían las escaleras Ana se dio la vuelta para contemplar las vistas que se divisaban desde aquel lugar privilegiado. Y, efectivamente, tal como se imaginó, todas las montañas que rodeaban Peñalisa se podían

admirar desde allí, todos los pueblos de alrededor, todo... Ana bajó la mirada y de pronto se dio cuenta de que Miguel había aprovechado las balconadas de forja perteneciente a un antiguo palacio para hacer el mirador en el que ahora se encontraban, otros balcones también fueron restaurados y también tenían una nueva función, ahora eran pérgolas en las que las enredaderas y hiedras crecían en una armonía perfecta.

Avanzaron unos cuantos pasos más hasta entrar en la casa de piedra. Era maravillosa. El gran escalón de los Linde-Bazán no había sucumbido a la modernidad, ahora tenía una nueva función, Miguel lo había utilizado como cornisa de la chimenea.

Miguel entonces le mostró que multitud de puertas, ventanas, hierros, herramientas antiguas de agricultura, arcaicas baldosas, piedras labradas, y un sinfín de objetos rescatados del olvido podían reutilizarse. Pero lo que más le sorprendió a Ana era que en la cabeza de Miguel todas esas reliquias tenían un lugar, una función que cumplir dentro de la magnífica labor arquitectónica y de recuperación de materiales antiguos que estaba realizando. Miguel era para Ana algo así como un mecenas, sintió que gracias a él no se habían perdido miles de tesoros y de historias de la gente, porque él, a parte de rescatar diferentes objetos, recuperaba en cierta forma tantas y tantas confidencias, aventuras y leyendas que aun estaban en la mente de los mayores.

Miguel había ido guardando durante años numerosos objetos: vigas labradas que durante más de un cuarto de siglo habían estado en poder de Miguel para recuperar por fin su sitio y que fueron salvadas de la quema; arados y otras herramientas de labranza que ocupaban un lugar privilegiado en un huerto de traza romana diseñado por él mismo; abrevaderos de animales que ahora se habían convertido en arriates llenos de flores; baldosas del siglo XIX, cada una de un diseño diferente pero puestas de tal modo que no desentonaban en ese caos que rozaba la perfección.

Ana se sorprendió también al encontrar un antiguo molino de piedra transformado en una fuente que coronaba una glorieta toda rodeada por rosales. Pero sobre todo se alegró de que la gran labor de Miguel Moreno se hubiera realizado con material recuperado, donde no se veía nada nuevo, todo en perfecta armonía cumpliendo sus nuevos cometidos.

Desde entonces Ana, siempre que vuelve de Madrid, visita ese lugar, se sienta a leer o a contemplar Peñalisa y a muchos de sus habitantes que desconocen que existe un tesoro tan inmenso e importante en ese pequeño pueblo, y agradece a Miguel Moreno que haya sido capaz de realizar esta obra artística conservando las raíces de todos los peñalisenses, porque gracias a él una pequeña parte de su historia siempre estará presente recordándonos que ahora vivimos tiempos distintos en los que solo nos importa la utilidad y la comodidad pasando por encima de lo que fuimos y de lo que nos permitió que seamos.